Seix Barral

Juan Gómez Bárcena

Lo demás es aire



Lo demás es aire

Seix Barral Biblioteca Breve

Juan Gómez Bárcena
Lo demás es aire

Lo demás es aire
Juan Gómez Bárcena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Lookatcia / Agencia EFE

© Juan Gómez Bárcena, 2022
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2021



© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (pdf): mayo de 2022

ISBN: 978-84-322-4081-2 (pdf)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

Para Marta.
Para mis padres.
Para todos los habitantes de Toñanes: los vivos
y los muertos.

Sabía poco, pero al menos sabía eso: que nadie habla por los demás. Que aunque queramos contar historias ajenas terminamos siempre contando la historia propia.

Alejandro Zambra

Treinta y dos casas, cuatro hoteles rurales, una igle- 2021
sia, ningún bar. Una aldea tan insignificante que a menudo se confunde con el último barrio de Cóbreces o con el primero de Oreña. Poco más de dos kilómetros cuadrados de extensión; treinta y cinco metros de altitud sobre el nivel del mar; ciento veintiún días de lluvia al año. Un arroyo casi sin agua que viene a morir a los acantilados. Un mar casi siempre gris. Un cielo que puede ser muchos cielos en un mismo día, virando rápidamente del gris al blanco y del blanco al azul y del azul de nuevo al gris. Muchos verdes distintos en la hierba, en las copas de los árboles, en los maizales. De vez en cuando, un puñado de vacas negras y blancas, pastando. Un tractor que viene y va. Ninguna persona. Nada parecido a una plaza, a un ayuntamiento, a un centro social: solo algunos bancos de madera dispersos por los caminos, casi siempre vacíos. Vacíos los bancos y vacíos también los caminos. Eso es Toñanes: un censo de doscientas ochenta vacas y cien personas —¡qué vamos a ser cien!, dice Lola Val- 2019
dés, meneando la cabeza; eso era antes, nene, ¡ahora ni cincuenta quedaremos!—. Antes: noventa y cuatro ha- 1752
bitantes según el Catastro de Ensenada, ochenta y tres 1768
según el censo de Aranda, ciento veinte según el Madoz, 1850
noventa y seis según la Wikipedia; cincuenta o menos de 2017
cincuenta según Lola Valdés —es porque no hay trabajo, 2019
hijo. ¿Aquí qué van a hacer, los jóvenes? ¿Aquí quién te va a criar un niño?—. Ese es el destino de los pueblos 2021

que viven en la orilla de una carretera o de cara al mar: tanto ver y llegar barcos, tanto escuchar las historias de los viajeros, resulta casi inevitable entregarse al sueño de que en otra parte encontraremos ese destino propicio que nos aguarda. Porque Toñanes es también eso: una carretera. Un lugar por el que la gente pasa y no se detiene. Un lugar del que marcharse para no regresar. Un minuto y cinco segundos: el tiempo que tarda en atravesarse Toñanes de lado a lado, a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora. La historia de Toñanes es, también, la historia de esa carretera.

Un tramo de la carretera autonómica 131, a medio camino entre Santillana del Mar y Comillas.

1958 Una carretera comarcal con el asfalto lleno de baches.

1891 Un camino de gravilla que se desliza entre los prados, escoltado por una hilera de alisos.

1764 Una calzada de fango y morrillos desparejos, encajonada entre tapias.

1323 Un sendero de tierra.

2021 Eso es Toñanes: un camino mejor o peor, pero siempre camino. Un pueblo hecho solamente para eso, para pasar, para que ni los acontecimientos ni las personas se 1815 detengan nunca. Y pasan. Pasan los buhoneros. Pasan 1904 / 1645 los peones. Pasan los peregrinos que vienen a curar una lepra o los remordimientos de un crimen antiguo a San- 2017 / 1693 tiago. Pasa un Renault Clio rojo. Cuatro reclutas de la compañía de coraceros del capitán Fernando Velarde. 1992 Los ciclistas de la Vuelta a España en la etapa Santander-Lagos de Covadonga, con Perico Delgado a la cabe- 1803 za. Un oidor de la Chancillería que viene a mediar en una cuestión de lindes —es la tercera vez que Francisco Gó- 1909 mez de Villegas perderá el mismo pleito—. Pasa un 20 ca- 1937 ballos Hispano-Suiza. Pasa un pelotón de milicianos que empujan una ametralladora Maxim de calibre 7,62, en- 1889 casquillada. Pasa un carruaje con las cortinillas echadas. 2016 Pasa la furgoneta del pescatero los martes; pasa Luis el

frutero los miércoles; pasa el repartidor de la panadería todos los días y deja colgando de la manecilla de cada puerta los panes que se le pidan. Pasa la camioneta de 1987
los helados, cada año más vieja, y los niños que se arre- 1993
molinan en torno cada vez más escasos y cada vez me- 1997
nos niños, hasta que deja de haber niños y por último 2001 / 2003
deja de haber camioneta y helados. Pasa el maquis Jua- 2006 /1949
nín con una gallina bajo el brazo. Pasa el coche de Beni- 1876
to Pérez Galdós. Pasa una criada loca o que parece loca 1831
envuelta en una especie de frazada, dando voces y cla-
mando que sus señores la envenenan, que necesita ayu-
da, por caridad, por el amor de Dios; hay tantas razones
para creerla como para no creerla, y los habitantes de
Toñanes la ven agitar sus manos inútilmente, y resistirse
a arañazos y mordiscos al alguacil que viene a retornar-
la a su casa. Pasa un pelotón de la Milicia Nacional. Pasa 1821 / 1844
una pareja de la Guardia Civil. Pasa un pelotón de la Mi- 1874
licia Nacional. Pasa una pareja de la Guardia Civil. Un ve- 1889
terano de la guerra de Cuba, que mendiga limosna con 1906
la mano que conserva. Un lobo con una gallina aún tem- 1680
blándole en el hocico, camino de su madriguera. Un ar-
cabucero con una cabeza de lobo en el regazo, camino de 1681
cobrar el real que le corresponde. Pasa una maestra que 1934
llega a la parada del autobús de línea con su maleta de car-
tón y antes de deshacerla ya quiere dejar el pueblo, pasar
por él lo antes posible —ese pasar durará cuatro años; cua-
tro años de morirse de frío y de asco en el edificio recién
construido de las escuelas, mientras aguarda un nuevo
destino—. Pasa el coche del médico, pero ya es dema- 1951
siado tarde. Un mochilero. Una pareja de mormones per- 1997 / 2004
didos, que se secan el sudor de la frente con un pañuelo
bordado. Los veinte seminaristas de la Abadía de Viace- 1956
li en fila india, camino de la presa donde van a darse un
baño. Un Seat Ibiza. Pasa Julián en su tractor —tiene solo 2019 / 1992
once años; su padre le ha colocado sobre el asiento un la-
drillo de obra, para que llegue al parabrisas—. Pasa Vi- 1839

centa con su carro y José que la saluda desde la vera del camino —Eh, dice él; Eh, dice ella; todos los días lo mismo, sin que José se atreva a preguntarle lo que quiere
1996 preguntarle—. Pasa un camión portugués con matrícula
2012 portuguesa. Pasa un camión portugués con matrícula de
1991 la Unión Europea. Pasan unos niños disfrazados de dinosaurio, de margarita y de presidiario camino de la fiesta de carnaval de Novales —la margarita ganará el primer
2001 premio del concurso—. Pasa el autobús de la Cantábri-
1980 ca. Un perro que cruza la carretera sin mirar —le atro-
1981 / 1715 pellará un Volkswagen el año que viene—. Pasa una reata
2010 de mulos. Pasa un veraneante, todos los veranos, todas las vacaciones, siempre el mismo veraneante; llega, abre la casa que permaneció sellada durante todo el invierno, saca las tumbonas al sol y pliega las sábanas que cubrían los muebles, siega el césped, poda las buganvillas, repone los arriates de flores, se sienta brevemente para tomar el sol y cuando el sol se pone ya es septiembre y queda el tiempo justo para guardar las tumbonas, tender las sábanas, sellar de nuevo la casa; todos los años promete que algún día se mudará definitivamente a Toñanes y dejará ese trabajo que lo horroriza, esa vida que no quiere: to-
2018 dos los años. Pasa frente a los acantilados una lancha de
1693 protección de costas, y un barco corsario francés, y una
1942 / 1878 chalupa que faena. Pasa la galerna del sábado de Gloria.
1987 Pasa el coche de Jane Seymour, y detrás el coche del intérprete de Jane Seymour, y aún detrás el coche de su maquilladora, el coche de su asistente, el coche de la responsable de vestuario —vienen a rodar la escena de los
-13.704 acantilados de la película *El túnel*—. Pasa un cazador cubierto con un abrigo de piel de oso y una especie de tiara ceremonial en la cabeza, con una liebre echada al hom-
1995 bro. Pasa un turista francés que viene preguntando por la cueva prehistórica de las Aguas, sin saber que la cueva prehistórica de las Aguas está cerrada casi desde su des-
1790 cubrimiento. Pasa una caravana de gitanos que los veci-

nos de Oreña han corrido a varazos y pedradas. Pasa, más deprisa que nadie, el coche de Gento, que toma la curva a destiempo y se estrella contra el pretil del puente y de ahí vuela hasta el río. No ha pasado nada, un accidente del que se salva milagrosamente: el próximo domingo jugará en el Bernabéu y concederá una asistencia. 1961

Así de insignificante es Toñanes: ni siquiera un impacto frontal a 110 kilómetros por hora puede detener a los que lo atraviesan.

Pasan tanquetas de la V Brigada Navarra, legionarios romanos, promotores inmobiliarios: tampoco ellos se detienen. Pasa el cortejo del rey Alfonso XIII en su visita estival a la Montaña: los caballos de la carroza real atraviesan el pueblo al trote. Pasan turistas que hacen un alto para bañarse en la cala de Bolao y mirar el atardecer desde el Pico de la Molina y luego se marchan. Pasa por el azul del cielo la estela de un avión cubriendo el trayecto Madrid-Londres, y por supuesto, ese avión no hace escala en Toñanes. Pasa una bicicleta, pasa un ciervo con una flecha clavada en el lomo, pasa un Seat 127 blanco. Pero no: el Seat 127 blanco no pasa. Aminora la velocidad llegando al cartel de TOÑANES y se detiene en el arcén, a la altura de una de las primeras casas del pueblo. Los cuatro intermitentes. Muchos viajeros hacen también eso: detienen el coche en cualquier parte para tomar una fotografía —una fotografía del mar, una fotografía de las ruinas del molino, una fotografía de los Picos de Europa que azulean en el horizonte— y luego continúan su viaje. Pero el Seat 127 blanco no: ninguna cámara fotográfica. 1937 / 19 2007 1924 2019 2004 1993 / -3.274 1984

El motor que se apaga. Una ventanilla que se baja. El hombre que echa el freno de mano; la mujer que se ajusta las gafas de sol. En los asientos traseros dos niñas con el mismo vestidito blanco: por debajo asoman los tirantes de sus bañadores. El hombre: un cigarrillo en la mano con la que agarra el volante. La mujer: un suspiro casi

inaudible. Detrás de las gafas de sol, su mirada de paciencia, de escepticismo.

—¿Hemos llegado ya, papá? —pregunta una de las niñas, con el soniquete cantarín de quien ya lo ha preguntado muchas veces.

Papá no contesta. Solo se vuelve hacia mamá; le pone una mano en la rodilla.

—Será solo media hora, te lo prometo.

Ese es el acuerdo, y mamá aprieta la mano que papá ha puesto sobre su rodilla, en señal de que lo entiende. Media hora: ni un minuto más. Luego irán a la playa.

En los asientos traseros, la curiosidad de las niñas que no cesa.

—¿Hemos llegado ya?

—¿Es aquí, papá? ¿Es aquí?

Y papá, dando una última calada a su cigarrillo.

—Sí. Es aquí.

1984 Aquí. Una casa de piedra, construida a la orilla de la carretera. El portón que no abre del todo, la hierba demasiado alta, el seto que ha tomado posesión de buena parte del jardín. Un anciano detenido en la puerta, que los mira con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¡Mino! ¡Tío Mino! —grita el padre al verlo.

El anciano —el tío Mino— achica los ojos para ver mejor.

—¿No me conoces? ¡Soy Emilio! Tu sobrino Emilio. El hijo de Paco.

Mino todavía tarda un instante en reaccionar.

—¡Pero, hombre...! —dice al fin—. ¡Miliuco! ¡Miliuco y compañía! ¡Qué sorpresa! ¡La de años que hacía que no os veía, madre!

Miliuco y compañía se acercan. Un largo abrazo entre los dos hombres; algunas palmadas en la espalda. Cuán-

to has crecido, dice Mino en algún momento, absurdamente, porque hace veinte años que su sobrino no crece un centímetro. Después se vuelve a la mujer.

—Tú eres Mercedes —le dice antes de abrazarla, como si necesitara que se lo recordaran.

—¿Cómo está, Mino?

—Pues aguantando, hija, que no es poco. Aguantando los veranos y los inviernos y lo que le echen encima a uno. Muy contento de que hayáis venido a verme.

Emilio interviene, procurando rebajar el entusiasmo.

—Íbamos para la playa de Cóbreces y se nos ocurrió pasar a saludarte. No vamos con mucho tiempo, pero al menos queríamos eso, pasar a darte un abrazo...

Su padre siempre se lo dice. Si pasas por la zona de Toñanes, pues le das un abrazo a mi hermano. Id a verle, hombre, que está muy solo y desde la boda no le ves el pelo. Eso dice siempre, y esta vez Emilio obedece. Eso es lo que están haciendo ahora: darle un abrazo y continuar su camino a la playa.

—Así que a la playa. Pues está muy bien eso, hombre. A tomar el sol, que estáis muy blancucos. Madre mía, la de años que hace que no voy yo a la playa. ¡Más años que los que hace que no os veía!

Después se agacha un poco.

—Pero bueno, y estas niñas tan guapas que traéis con vosotros ¿quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—Yo me llamo Diana —dice Diana.

Diana: Siete años, puede que ocho. El cabello rubio. La piel pálida; tal vez levemente pecosa. Los ojos azules. Una paleta que falta, como si la sonrisa se le detuviera en un perpetuo silbido.

—Qué nombre tan bonito. ¿Y tú? ¿Tú cómo te llamas?

La otra no dice nada. Se queda levemente atrasada, medio cuerpo escondido tras las piernas de su madre.

—¿Pero qué vergüenzas tienes ahora tú? —dice Mercedes, riendo—. Se llama Marta.

Marta: Cinco años, puede que seis. El cabello castaño. La piel pálida, tal vez levemente pecosa. Los ojos verdes. Una sonrisa entera pero levemente ladeada, como si hasta para ser feliz tuviera que pedir disculpas.

—¿Sabéis quién es este señor? —pregunta Emilio, con su voz didáctica—. Este señor es el tío Mino. El hermano del abuelo Paco.

Marta y Diana no dicen nada, porque no hay nada que decir. El hermano del abuelo Paco: pues muy bien. Continúan mirando al tío Mino desde abajo, los ojos un poco guiñados para protegerse del sol. El sol les recuerda, de improviso, la playa. ¿Cuándo van a llegar a la playa? ¿Cuándo los castillos de arena? ¿Cuándo el bocata de mortadela? ¿Cuándo se bañarán en el mar, hasta la tripita? Porque bañarse hasta más arriba es muy peligroso, y mamá siempre dice que una niña como ellas se ahogó. El año pasado no; el anterior.

Pero Mino no piensa en la playa. Mino solo las mira a ellas:

—Pues qué guapas. Qué guapas las dos, madre. Qué bien que hayáis venido a presentarme a toda la familia.

Se hace un breve silencio: uno de esos silencios que preceden a las despedidas. Porque están a punto de despedirse. Al menos eso es lo que cree Mercedes. Ahora cruzarán tres o cuatro preguntas más; Mino les ofrecerá la merienda, y ellos la rechazarán cortésmente porque ya llevan preparados bocadillitos para las niñas; luego se abrazarán de nuevo, prometerán una nueva visita con un poco más de tiempo, se montarán en el coche. Llegarán, al fin, a la playa. Eso es lo que va a pasar. Eso es, al menos, lo que debería pasar. Pero en ese momento Marta, que permanece parapetada tras las piernas de su madre; Marta, que todavía no ha abierto la boca siquiera y se limita a mordisquearse pensativamente el dedo; Marta, que nunca se atreve a hablar a los desconocidos ni mucho menos se atreve a corregir a nadie, alza ese mismo dedo con autoridad y dice:

—Toda la familia no.

—¿No? ¿Cómo que no?

—Falta el hermanito.

Diana interviene, alzando miméticamente su propio dedo:

—O la hermanita.

—O la hermanita —concede Marta.

Lo que sigue es un silencio que dura un instante; el tiempo que los ojos de Mino tardan en viajar de los ojos de Emilio a los ojos de Mercedes, de los ojos de Mercedes al vientre de Mercedes; del vientre de Mercedes, de nuevo, a sus ojos.

—¡Pero bueno...! ¡Pero bueno, qué sorpresa! ¡Pero si no se te nota nada, válgame Dios! ¡Si estás hecha un palo!

Y entonces los tartamudeos, las explicaciones. Mercedes y Emilio con sonrisas que son todo encías. Es que no tiene ni dos meses: por eso no se le nota. Es que, como quien dice, acaban de enterarse: por eso no le han dicho nada. Es que todavía no se lo querían contar a nadie, por si acaso, pero las niñas, bueno, ya se sabe con las niñas.

El tío Mino no quiere ni pensar en cautelas:

—¡Bueno, pero esto hay que celebrarlo! ¡Pasad, pasad dentro! A ver si tengo algunas galletas para vosotras, niñas. Y a ver si tengo un vinito o algo, para nosotros...

Se mete a toda prisa en la casa, sin esperar a ver si le siguen. Y ya desde dentro sigue llegando su voz, multiplicada por el eco:

—¡Sobrino! Ven a que os enseñe la casa. ¿Hace cuánto que no os enseño mi casa?

Antes de traspasar la puerta, Emilio mira a Mercedes y ladea un poco la cabeza. Ese gesto quiere decir: Te juro que treinta minutos y nos vamos. Mercedes se limita a enarcar las cejas. Ese gesto quiere decir: A ver si es verdad.

La casa por dentro. Mino que de pronto se ha olvidado del hermanito —o de la hermanita— y se demora

mostrándoles las habitaciones. Aquí está el aseo —un retrete resquebrajado, un barreño de latón; nada más—. Aquí la cocina —un hornillo de carbón con los azulejos ahumados; una mesa llena de tajaduras; ninguna nevera—. Aquí está el cuarto de lavar la ropa. Aquí los aperos. Esta de aquí es mi habitación. El cuarto de allá no lo uso para nada. La socarrena, que es donde guardábamos el carro. El desván ni os lo enseño, familia: están las tablas que se caen a pedazos y ya ni subir se puede. Las niñas vagan con ellos por las habitaciones, aplicadas a mordisquear las galletas María que tienen en la mano. En algún momento se aburren y salen a jugar al jardín; Mercedes suspira. Qué sucio está todo. Qué sucio y qué viejo: cómo el tío Mino, cómo un ser humano puede vivir en un lugar como este. Eso piensa. Emilio, en cambio. Hace un momento parecía tener tanta prisa y ahora está ahí, mirando y remirando cada antigualla que Mino le enseña. Hasta le relumbran un poco los ojos cuando ve el costurero donde remendaba su tía. Claro que él tiene la ventaja de no ver solo muebles viejos y perolas cubiertas de herrumbre y trillos descabalados: Emilio ve también, en todas esas cosas, sus propios recuerdos. ¿No te acuerdas tú, Miliuco, de que te gustaba jugar ahí, en el cuarto de tierra? Se acuerda. ¿Te acuerdas de que por aquí metíamos el verde? Se acuerda. ¿Te acuerdas del año que pasaste en Toñanes, en esta casa, cuando a tu padre le cerraron el bar? Se acuerda también, claro: cómo va a olvidarse. De vez en cuando incluso le devuelve a Mino algunas preguntas. Y esto que tienes aquí, ¿qué es? Esto es una picadora de panojas de maíz. ¿Y esto? Esto, para hacer quesos. ¿Y esto de aquí? Coño, Miliuco, que pareces de fuera: esto es un cedazo para cerner la harina.

Emilio mirando el pasado. No ve lo sucio que está todo, ni la falta de bañera, ni la incomodidad de lavar y fregar la loza con el agua del aljibe. Lo que ve es a su tía
1955 guisando unos caracoles a la montañesa en la cocina de

carbón; ve las manos del último hombre que usó el trillo, 1978
el dalle, el horcón; ve a los obreros —fueron dos mozos 1939
del pueblo, según ha escuchado contar— que construyeron la casa bajo el sol de la posguerra, hablando de sus cosas mientras echaban la argamasa sobre las piedras; ve lo que había antes de construirse la casa —tal vez un bos- 1871
que; tal vez un campo de trigo— y paseando por ese bosque, por ese campo de trigo, ve a sus antepasados, 1772
con sombreros extravagantes y ropas y zapatos que parecen sacados de un cuadro de época. Eso es lo que ve, 1984
y por eso sonríe, como sonreían las niñas al mordisquear las galletas.

Mercedes mirando el futuro. Ve el Seat 127 llegando a la playa, tal vez cuando ya es demasiado tarde para bañarse. Ve a las niñas que no quieren el bocata, porque primero se atiborraron de galletas. Ve el interior del coche, en el viaje de regreso a Santander: ni una palabra, en ese viaje. Y ve también la casa de Mino, y en ella lo que falta y lo que sobra. Ve el jardín sin aljibe y una conducción de 1985
agua corriente. Ve un entarimado de pino en lugar de las 1987
tablas podridas del desván y un techo de escayola y bal- 1989
dosines en el suelo de tierra del cuarto de tierra y barniz en las balaustradas de las ventanas y ningún lavadero en el cuarto del lavadero y ningún apero en el cuarto de los aperos. Ve la cocina y piensa: Pues ahí cabría una lavado- 1990
ra. En el baño, claro, una ducha o una bañera. Esta arte- 1994
sa sobra. Este trillo sin piedras para qué se necesita. Así 1984
es Mercedes. Llevan varios años buscando sin convicción y sin esperanza, casi por deporte, una casita de campo que sea bonita y cueste muy poco, casi nada. Un lugar donde las niñas puedan jugar y crecer. Tal vez por eso se ha acostumbrado a mirar todas las casas de campo así: no mirando lo que hay, sino lo que falta.

En ese momento las niñas regresan corriendo del jardín; se atropellan en la puerta para compartir la noticia que les quema en la boca.

—¡Hemos visto una vaca!

Él mira lo que fue; ella mira lo que podría haber. Las niñas miran lo que el presente pone ante sus ojos. Por ejemplo: una vaca.

El tío Mino se agacha un poco para quedar a la altura de sus ojos y de su entusiasmo.

—¡Bueno, bueno! ¡Una vaca! ¿Dónde la habéis visto?

—¡En los pastos! —grita Diana, que ha crecido viendo capítulos de *Heidi*.

—¡Así que en los pastos! ¿Y no os ha mochado? Mirad que las vacas aquellas mochan a todos los niños...

Ellas niegan con la cabeza. Sonríen o medio sonríen —la sonrisa sin paleta de Diana; la sonrisa ladeada de Marta— porque están casi seguras de que es una broma del tío Mino. No seguras-seguras, pero casi seguras.

—¿Hay cabritillas también? —pregunta Diana, que no puede quitarse *Heidi* de la cabeza.

—¿Cabritillas? Pues no. Cabritillas no tenemos. Pero Carmen y Biel acaban de tener una camada de conejos. Está la casa aquí mismo. ¿Queréis verlos, los conejos?

Ven los conejos. Ven los gatos de Cardo y las ovejas de Mirina y las cotorras de Lola. Ven el chon —el cerdo— de la casa de los siete hermanos. Las gallinas de Vicente; los toros de Antonio Luis. Recorren todo el pueblo como quien visita un zoológico de bolsillo, y en algún momento de ese trayecto se cumple la media hora acordada, y una hora más, y dos horas completas, y Emilio se vuelve para mirar a Mercedes y encogerse de hombros. Es su forma de pedir disculpas. Pero a Mercedes ya no le importa la playa, o al menos no demasiado. Ve a las niñas reír mientras corretean por los caminos; las ve sostener en brazos uno de los conejos de Biel, tan suave; las ve acariciar al perro de Mariuca y perseguir a los gatos de Cardo y arrojar puñados de maíz a las gallinas de Vicente, y tiene que reconocer que no está siendo peor que un día de playa. Emilio y Mino van un poco rezagados, hablando de lo que To-

ñanes fue, de lo que pudo ser. Cago en diez, está diciendo Mino, cuántas veces vi yo a mi madre..., ¡a tu abuela, Milio! Cuántas veces la vi yo llevando sacos de grano al molino aquel. ¿No sabías tú que por ahí había un molino? ¿No sabes que aquí andaba la casa de la familia y la tiraron y con las piedras hicieron la tapia aquella? ¿No sabes que me acuerdo yo de antes que hicieran las escuelas y cuando todavía se sacaba blenda de la mina de Brincia? Eso le dice. Pero Mercedes los escucha apenas. Está demasiado ocupada mirando el futuro. Ve a Diana y a Marta jugando con los gatitos, y ve también, correteando a su lado, a su hijo sin nombre. No ve a su hijo de un 1992
modo definido: no es ni moreno ni rubio, ni alto ni bajo; no se parece más a mamá o a papá. Ni siquiera sabe si es una niña o un niño. Solo sabe que es su hijo, y eso basta.

Cuando regresan a la casa todavía quedan algunos 1984
minutos de sol, y Mino saca una mesa al jardín. Dos Kas de limón para las niñas, una botella de vino para ellos. Bueno, hombre, bueno, ¿y a ti qué te pongo?, pregunta, mirando el vientre de Mercedes. A mí otro Kas de limón, dice. ¿Como las niñas? Como las niñas. Brindan por el reencuentro y brindan por el hijo que viene y luego, cansados de hablar del presente, del futuro, la conversación regresa a los días pasados. Buena me salió a mí esta casa, buena, dice Mino. ¿No sabéis que yo de mozuco anduve por Sevilla, a ganarme la vida, y que solo me traje de vuelta el apodo? ¿No sabéis que a la mujer mía se la llevaban los demonios porque los de aquí empezaron a llamar Casa Sevilla a la casa, y ella decía que la casa era suya y que yo no pintaba nada? ¿No sabéis que ahí junto al bebedero de mi casa mataron a un pobre hombre, cuando la guerra? ¿No sabéis que a mí me metieron en la cárcel, por decir lo que no debía? Emilio y Mercedes lo saben, pero igual lo escuchan.

Empieza a caer la tarde. Las niñas jugando a la sombra del ciruelo. Se está bien en este jardín, piensa Merce-

des. Es a su modo bonita, esta casa. Habían previsto regresar a Santander no más tarde de las ocho —porque las niñas se bañan a las ocho, cenan a las nueve, se van a la cama a las nueve y media— pero no hacen ningún movimiento.

Mino está repasándose los dientes con un palillo. Es entonces cuando lo dice:

—Pues qué buena tarde hemos pasado. Cómo me alegro de que vinieras, sobrino. ¿Sabes que al principio ni te conocía? ¡Te tomé por un comprador!

—¿Un comprador? —pregunta Emilio.

—Pensé que veníais por la casa.

—¿Pero es que la vendes?

Mino señala una de las ventanas. Pegado a los barrotes, un letrero que no habían visto hasta ahora. Luego comienzan las explicaciones. Dice que ya está mayor; que a su edad un hombre busca comodidades. Dice que desde que murió Vicenta esta casa se le hace demasiado grande. Dice que quiere irse a vivir a Torrelavega, y tomar un café todos los días, y pasear por donde no lo conozcan a uno y hacer lo que se le antoje. Habla de la pena de dejar la casa donde uno ha vivido media vida y al mismo tiempo de la pena de llevar media vida viviendo en los mismos tres cochinos carros de terreno, con los mismos cien puñeteros vecinos. Eso dice. Pero Emilio y Mercedes ya no le escuchan. Sus ojos —los ojos de él, que solo miran el pasado; los ojos de ella, que solo miran al futuro— acaban de encontrarse.

1633 Una alcoba casi a oscuras, solo iluminada por el cabo de una vela. Los postigos echados, la puerta entornada, un arcón a los pies del lecho. El lecho: un amontonadero de fardos rellenos de paja de cebada, cubiertos por una piel de carnero. Acostados en el jergón, el cuerpo de un hom-

bre, el cuerpo de una mujer. La mujer busca los ojos del hombre, sin encontrarlos.

—Juan.

—Qué.

—¿Duermes?

—Qué quieres.

—Nada. Que me acuerdo.

—Ya.

—Del niño.

—Ya sé.

—La pobre criatura ni siquiera llegó a abrir los ojos.

—Mejor duérmete. No pienses en eso.

—Si está en el Cielo los habrá abierto ahí, el inocente. Si está en el Cielo. ¿Tú crees que estará en el Cielo?

—(...)

—Juan.

—Qué.

—¿Estará en el Cielo?

—No sé, no sé. Nadie sabe.

—Cuando le rociaste el agua y le hiciste las fórmulas y las bendiciones y las parafernalias todavía respiraba. No abría los ojos pero sí abría la boca. Yo lo vi.

—Sí.

—Y el bautismo de socorro también es bautismo y también salva las almas y las purifica y las lleva derechitas al Cielo. Lo dice el padre Bartolomé.

—Sí.

—Pero también dice que como tú bautizaste a la criatura no se bautiza. No eran palabras sagradas esas que dijiste, así que a lo mejor no sirvieron de nada. A lo mejor. Algo hizo, pero no sabemos qué. El Señor sabrá, que nosotros no.

—Hice lo que pude.

—Si al menos te las hubieras aprendido. Las palabras. Si hubieras aprendido a bautizar como Dios manda. «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» No era tan difícil.

—Algo dije. Recé a Dios para que acogiera al niño y dije otras muchas cosas sentidas.

—Te faltó la cruz. No le hiciste la cruz. El agua que no se bendice es tan sagrada como los bebederos de las vacas. Y dijiste demasiadas cosas, tantas que conseguiste que las primeras no valieran nada. Quién sabe si por esas palabras de más lo condenaste, al niño.

—No digas eso. El Señor habrá sabido juzgar mi intención. Nuestra intención.

—El Señor no sé, pero el padre Bartolomé sabe muy bien que ese bautismo no valía de nada. Ni siquiera apuntó su nombre en el libro de bautismos, que es como si dijéramos el libro de Dios, ¿te das cuenta?

—Me doy cuenta.

—Y para salvarte tienes que estar en ese libro: así es como te conoce el Señor. Cuando le rezas mira en los libros de los curas, y si estás ahí, te escucha. Si no, hace como que no existes. Porque no existes. Como cuando vienen los prelados del Rey y hay que ponerles delante de las narices documentos que den fe de esto y de aquello.

—Mujer, el Rey necesita papeles porque hay cosas que ni siquiera el Rey sabe. Sabe mucho pero no todo. Pero no hay nada que Dios no sepa. Él no necesita ni libros ni curas.

—Sí. Es verdad. Dios Nuestro Señor lo sabe todo pero también nos lo exige todo.

—(...)

—A veces pienso, Juan.

—(...)

—Se me ocurre que Dios lo sabe todo y de todas formas puso a la misma hora una misa en Cigüenza y llenó de barro los caminos, para que ni por esas el padre Bartolomé llegara a tiempo. Y a ti no te puso más entendimiento para bautizar como Dios manda.

—(...)

—¿Sabes, Juan? Dios lo sabe todo pero nosotros no sabemos nada.

—(...)

—A veces me parece que los curas tampoco saben nada.

—(...)

—El padre Bartolomé dijo que solo Dios sabría si sí o si no. Si nos esperará en el Cielo o en el limbo, el pobrecito. Dijo que tal vez rezando mucho. Que había que tener fe. Que había que tener piedad. Yo no sé lo que es la piedad. ¿Lo sabes tú, Juan?

—(...)

—Sí. Tal vez rezando. Rezando mucho para que el Señor nos escuche y escriba su nombre en el margen del libro de los curas. Porque los curas también son hombres y también se equivocan, y como el Rey, hay cosas que no saben.

—Pues reza y luego duérmete.

—Eso, recemos. El padre Bartolomé dice que al Señor le gustan tanto los rezos como los buenos bautismos...

Suenan las campanas, cada vez más rápido: están tocando a bautizo. Se escucha el llanto diminuto del niño y el consuelo breve de una canción de cuna. Suenan las campanas. Una lenta sucesión de tañidos solemnes, graves: están tocando a muerto. Hablar en voz baja durante el velatorio y bisbisear un rezo y ensordecer los cencerros de las vacas para que también ellas hagan su duelo. Suenan las campanas. Están tocando a rebato, hasta hacer sangrar las palmas del campanero: es el toque de tente nublo. Cien gargantas repitiendo al unísono bajo la tormenta aquello de tente nube, tente nu, que Dios puede más que tú; si eres agua ven pacá, si eres piedra vete allá,

1722 1901 1630

a siete leguas de mi pueblo y otras tantas más allá. Las
1970 campanas de la iglesia llamando a misa y la campanilla
1799 de doña Rosa Elvira de la Torre llamando a su criada y el
2002 timbre de la puerta de los Saravia remedando una cam-
1974 pana. Sonidos que pretenden ser lo que no son: Vicente
imitando el silbido de un tordo mientras empuña su es-
1820 copeta y Catalina tosiendo para disimular lo que sea que
está haciendo con Agustín bajo el sábano del molino.
Sonidos que ya no volverán a escucharse: dos cuerpos
1328 bajo el sábano de un molino. El ruido de dos espadas
1592 que entrechocan: pardiez, bellaco, voto a bríos. El aulli-
2019 do de un lobo. En las cunetas el canto de ningún grillo
—es culpa de los pesticidas— y en la santa misa ninguna
1965 declinación latina —es culpa del Concilio Vaticano II—.
1920 Sonidos nuevos: el motor de un coche Hispano-Suiza. El
1994 ruido blanco del televisor los días de tormenta. El ru-
1981 gido de los tractores y el zumbido de las ordeñadoras
1988 y Joaquín Prat presentando *El Precio Justo* y señora, ha
2014 llegado el tapicero. Ruidos nuevos y al mismo tiempo
2002 viejos. Ana escondiendo el módem de 56 kbps debajo
del edredón, para que la sintonía de conexión no des-
1903 pierte a su padre. Jaime de Villegas haciendo girar so-
lemnemente el manubrio del gramófono —es el primer
gramófono en la historia de Toñanes— y anunciando a los
presentes con gesto dramático: «Todavía no han oído us-
tedes nada». Y entonces, lo oyen. Música. Música en-
cerrada en aquella corneta con apariencia de caracola.
1965 Música en el templete de las fiestas de San Tirso y en el
-12.524 / 1951 vestíbulo de la cueva. Música en la sala de cine de Nova-
1996 les y música en el walkman de Teresa y Paula —un auri-
cular cada una, en el trayecto de autobús al instituto
1972 / 1703 Nueve Valles—. Música para bailar y para segar y para
1936 aprender las tablas de multiplicar. Música para recordar
2009 un verano que tuvo lugar hace muchos veranos. Música
2007 para explicar —su problema es que escucha demasia-
da música rock, sentenciará el padre de Alejandro en la

reunión de padres de alumnos—. Y ahora, para los nostál- 2012
gicos, un pasodoble. Ancianos o casi ancianos que se precipitan risueños a la campa de la verbena y concluyen los mismos bailes que emprendieron en la posguerra, ya sin hambre pero con frío, ya sin miedo pero con la maldita ciática. Bailes que terminan, entre aplausos: la música que tarde o temprano cesa. Tras la música, el silencio. El silencio o algo parecido al silencio —la paz del campo 2018
mis cojones, proclamará furiosamente Armando en su comentario de una estrella sobre cinco en Tripadvisor: los putos gallos no me dejaron pegar ojo en toda la mañana—. Casi el silencio: como un bajo continuo el ru- 2021
mor del mar y del río, el mismo mar y el mismo río que debió de escuchar Tonneius cuando Toñanes todavía no 313
se llamaba Toñanes. Casi el silencio o en absoluto el si- 2021
lencio —la lluvia contra los tejados y el viento entre los árboles y las gaviotas chillando sobre la era— porque el verdadero silencio no existe más que en la imaginación de los astrónomos y de los teólogos. Ni siquiera en la cel- 1758
da de sor Bárbara Gómez de Carandía, que lleva quince años persiguiendo el silencio absoluto, por aquello que dicen los Padres de la Iglesia de que solo en el silencio puede escucharse la palabra de Dios: y sin embargo siempre, antes o después, un ruido, un mueble que cruje, la atareada labor de una mosca contra la ventana, incluso un leve rumor de sus tripas, qué repugnancia; su cuerpo, una vez más, erigiéndose en obstáculo entre Dios y su alma. El ruido de las propias tripas como prueba de que Dios aún no ha llegado, de que seguimos estando vivos. El ruido como antídoto contra la muerte, porque solo la muerte consiente el silencio. El bebé que cuel- 1907
ga bocabajo en las manos de la comadrona, aún no respira, y Andrea que no puede dejar de mirar el cuerpecito exánime de su hijo, un azote, el silencio tan grande de aquella cosa tan pequeña, otro azote, y entonces, cuando parecía que no, al fin, el llanto. Gracias, Dios mío, mur-

mura Andrea en una oración sin ruido: una oración solo
1722 para los oídos de Dios. Suenan las campanas, cada vez
más rápido: están tocando a bautizo.

1880 Uno de mayo. Suenan las campanas de la iglesia: están tocando a concejo abierto. Contestan, pequeños y rabiosos, los campanos de las vacas; todas las vacas y todos los campanos al tiempo. El pueblo entero parece hoy un inmenso rebaño. Vacas que salen de las portillas y vacas que salen de las cuadras y vacas que bajan trotando por las callejas y las camberas, hasta reunirse frente al pórtico de la iglesia. Todas llevan, grabada a hierro en la grupa, la palabra *Toñanes*; no sea que haya malentendidos ni litigios, como aquella vez que hubo que disputar con los de Cóbreces una vaca que no venía marcada. El pastor comunal ha ido anotando también en sus papeles el número de vacas que aporta cada vecino. Es analfabeto, el pastor, lo mismo que la mayoría de los vecinos que le confían sus reses, así que en realidad no escribe las cuentas: las dibuja. Mira el escudo tallado en la fachada de cada casa y reproduce lo que ve. Un león para los Gómez, un lobo para los Ruiloba, un dragón para los Tagle. Junto al dibujo, los palitos: tantos palitos como vacas. Ciento veintidós palitos en total. Ciento veintidós vacas que se despiden de sus dueños durante cinco meses para ir a pacer a los montes altos de Reinosa, donde el pasto parece no acabarse nunca.

—Cuídamela a la Carmela, ¿eh? Que la quiero yo más a esa vaca que a las niñas de mis ojos...

No tiene por qué preocuparse: la cuidará con su vida. A la Carmela y a la Duquesa; a la Pinta y a la Orejona y a la Asturiana; a las vacas monchinas y a las tudancas. Si hay despeñaduras, las conducirá por el camino menos áspero. Si oye aullar al lobo, le echará encima los perros.

Si comparecen los ladrones de ganado, sacará el trabuco. Nada tienen que temer, los señores.

—Mire qué hermosa se la dejo, ¿eh? Tan gorda y tan hermosa, de vuelta...

Suenan otra vez las campanas de la iglesia. Primero de mayo a las doce en punto de la mañana: la hora y el día. A un silbo del pastor, los sarrujanes comienzan a agitar sus varas y el rebaño se pone lentamente en marcha, coreado por el ladrido de los perros. Delante la Carmela, que por ser la vaca más garbosa de todas le corresponde llevar el campano más grande del pueblo. Detrás, todas las demás. Aún más atrás: el pueblo. Las vacas que se marchan y el pueblo que como cada año se queda. Ancianos y niños, mujeres y hombres: todos corren a apostarse en las portillas y las tapias para despedirlas. Al paso de las reses algunos abren y cierran la boca, como si hablaran, pero por debajo de la tormenta de cencerros no se escucha nada. O tal vez es verdad que no dicen nada: solo se quedan ahí, muy quietos, los ojos vidriosos y como estancados en el lomo de las vacas que se alejan. No sonríen, pero están contentos. Al menos deberían estar contentos. Tantas veces se quejaron de sus muchos trabajos: ordeñarlas, sacarlas al verde, sangrarles la oreja para curarles la solengua. Llevarlas y traerlas por la mies. Limpiar la cuadra para ellas. Segar para ellas. Vivir, en suma, para ellas. Tantas veces lo dijeron: mataría por que llegue de una vez el primero de mayo. Y sin embargo. Sin embargo siguen todavía ahí, clavados en la orilla del camino, mucho tiempo después de que la última vaca haya desaparecido en el horizonte; los ojos fijos en las montañas lejanas.

—Juan. 1633

—Qué. Qué quieres, Juliana.

—¿De qué color crees que tendría los ojos?

—¿Quién?

—Quién si no. El niño. ¿Crees que los tendría castaños como yo o azules como tú?

—Qué sé yo, mujer. Y deja de llamar niño al niño. Se llamaba Juan.

—No se llamaba Juan.

—Bueno. Juan Domingo.

—Sabes muy bien que no se llamaba Juan ni Domingo ni de ningún modo. El nombre no existe ni vale para maldita la gracia hasta que te llueven encima las aguas del bautismo. Un bautismo hecho como Dios manda. Lo dice el padre Bartolomé.

—Pues el Bautista tenía nombre y nadie lo había bautizado.

—El Bautista se llamaba Bautista porque hacía bautismos.

—Se llamaba Juan. Y Jesucristo se llamaba Jesucristo.

—Los nombres sin bautismo no valen, asno. Es como cuando le decimos el Viejo a Pedro o Toribio el Negro a Toribio. No son sus verdaderos nombres. No para Dios. El niño se llama Juan Domingo para nosotros, pero para Dios no se llama de ninguna manera.

—(...)

—Pienso mucho en eso, ¿sabes? En lo triste que debe de ser morirse sin nombre. Y pienso en sus ojos. En cómo serían. ¿Crees que los tendría castaños como los míos o azules como los tuyos?

—(...)

—A Manuel al menos pudimos vérselos. Dos meses tuvimos para eso, para verlos. Me daba miedo de que tuviera mis ojos, pero no. Los tenía azules, como tú. Parecían tus ojos. Tan bonitos. Con esos ojos habría engarfiado a no pocas muchachas, te lo digo yo.

—(...)

—¿Sabes, Juan? Cuando te conocí pensaba que eras muy buen mozo. Pero lo que más me gustaba de ti era lo azules que tenías los ojos...

—(...)

—Y a ti te gustaban mis tetas, ¿te acuerdas? Eso decías siempre. Que te gustaban mis tetas.

—(...)

—Decías que con ellas se podría amamantar a un escuadrón de coraceros, ¿te acuerdas? Me las tocabas y me las chupabas y decías que de ellas comerían al menos doce criaturas. Doce criaturas y también tú. Eso decías.

—(...)

—Te gustaban mis tetas para alimentar a tus hijos pero no sabías lo de mi vientre. No sabías que tengo el vientre muerto y por eso solo puedo parir criaturas muertas.

—Ya calla y duérmete, mujer.

—Ya me callo, Juan. Yo me callo y en paz. Es solo que a veces me acuerdo de eso. De las cosas que me decías en el molino. Cuando me mordías la oreja y me decías: Juliana Juliana Juliana. Todo el tiempo mi nombre, como si te lo estuvieras aprendiendo. ¿Te acuerdas? Yo me acuerdo de eso y también del niño. De lo triste que debe de ser morirse sin nombre...

—¿Te callarás o no te callarás, Juliana?

1984

El hermanito —o la hermanita— todavía no tiene nombre. Esa circunstancia, que un miembro de la familia no tenga nombre, escapa a la comprensión de Marta. Porque todos en casa tienen uno. Mamá se llama Mercedes, papá se llama Emilio; su hermana mayor se llama Diana, y Marta, claro, se llama Marta. Hasta la casa que acaban de comprar tiene nombre: se llama Casa Sevilla. A partir de ahora pasarán los veranos en un pueblo llamado

Toñanes. Toñanes: otro nombre. Pero el niño —la niña— que está en la barriga de mamá todavía no tiene nombre alguno.

—¿Por qué no tiene nombre, mamá?

—Porque todavía no sabemos si es niño o niña.

—Y si es niña, ¿cómo la llamamos?

Papá y mamá intercambian una mirada divertida de lado a lado de la mesa.

—Todavía tenemos que pensarlo.

—Bueno. Pero si es niña no la llaméis Marta.

—Ni Diana tampoco —interviene Diana.

—Ni Marta ni Diana: os lo prometo.

—Y si es niño, que no se llame Emilio tampoco. Que Emilio es un nombre muy feo.

—Lo que hay que oír —murmura papá desde el pasillo.

No se llamará ni Diana, ni Marta ni Emilio. Solo de eso pueden estar seguras. Lo demás está por verse. Ya veremos: eso es lo que siempre dice su madre, tanto si se trata del nombre del hermanito —la hermanita— o de decidir si mañana irán o no irán a jugar al parque de la Marga.

—¿Y por qué la casa de Toñanes se llama Casa Sevilla? —pregunta Marta, que de un tiempo a esta parte no cesa de dar vueltas a los nombres de las cosas.

—Eso es porque en ella vivía el tío Mino. Y al tío Mino lo llaman Sevilla, porque cuando era joven se fue a trabajar a Sevilla.

—Ahora vive en Torrelavega, el tío Mino —responde Diana con voz doctoral.

—Sí.

—Porque nos ha vendido la casa.

—Eso es.

—¿Y por qué nos ha vendido la casa? —pregunta Marta, incombustible.

—Pues porque sí. Porque quería que la tuviéramos nosotros. Para que pudierais jugar en el jardín.

—Nosotras y el niño.

—O la niña —corrige Diana.

Mamá suspira.

—O la niña, o la niña.

Las niñas de Casa Sevilla. Así es como han comenzado a llamarlas en el pueblo. Porque Sevilla puso el nombre a Mino, y Mino puso el nombre a la casa, y ahora la casa les pone el nombre a ellas. Ocurre ya la primera vez que bajan al puente a jugar con los demás niños. Vosotras sois las de Santander, las de Casa Sevilla. Eso dice David, y el resto de los niños del pueblo —Maite, y Diego, y Juanma, y Carmencita, y el Chino— están de acuerdo. Ellas fruncen el ceño. Yo soy Diana, dice Diana. Y yo, Marta. De nada sirve: son las Sevillas. Lo son cuando juegan al escondite —«¡Por las Sevillas!»—. Lo son jugando a la guerra —«¡Declaro la guerra a... Sevilla!»—. Lo son incluso para los padres y los abuelos de los niños —«Carmencita, diles a las Sevillas que si quieren venir a merendar contigo»—. Ellas siempre quieren, porque en casa de Carmencita se preparan bocatas de nocilla deliciosos que se sirven exactamente a las cinco cuarenta y cinco de la tarde. Quieren, pero a regañadientes.

—Yo me llamo Diana —repite Diana mientras mastica, con la boca toda manchada de chocolate.

—Pues yo me llamo Carmina —responde la abuela de Carmencita— pero todos me llaman Mina.

—¿Porque cuando eras joven te fuiste a trabajar a una mina?

Una risa larga y desdentada, que Diana no sabe cómo interpretar.

—Sí, hija. En una mina de oro, trabajaba yo.

Los niños de Toñanes son majos —bastante majos, puntualiza Diana— pero también un poco extraños. Cuando echan a suertes a quién le toca comenzar un juego, por ejemplo, no dicen aquello de en un café se rifa un pez al que le toque el número diez, sino tucu mucu yo

tenía un criaúcu que sabía retejar retejaba a la primera pim pam fuera. ¿Qué es eso del criaúcu? ¿Tucu mucu, por qué? Y eso de retejar, ¿qué significa? Los niños se encogen de hombros. No sé: se dice así. Las cosas en Toñanes siempre se dicen diferente. No llaman al campo los pastos, como Heidi, sino mies o prau. No dicen maíz, sino máiz. No dicen caca, sino boñiga, o moñiga. No dicen Santander, sino capi.

—Vosotras no sabéis jugar a esto porque sois de la capi.

—No somos de la capi, somos de Santander.

—Pues eso.

Cuando van a buscarlas a casa —¡que si venís a jugar!, gritan desde la carretera— se quedan un rato apoyados detrás de la tapia, viendo ir y venir a sus padres por el jardín.

—Tu padre no sabe usar el dalle.

—¿Qué es el dalle?

—La cosa esa con la que se corta el verde.

—Ah.

—Tiene que enseñarle mi padre. Mi padre es el que mejor corta el verde de todo el pueblo.

Un hombre que no sabe usar el dalle les intriga, pero mucho más una casa que no tiene ni huerto, ni vacas, ni gallinas. Una casa que no se sabe para qué está:

—¿Vais a vivir aquí o qué?

—No, a vivir no. Vamos a pasar los veranos y los fines de semana. Nos vendió la casa el tío Mino, para que pudiéramos jugar en el jardín.

—¿Pero tu padre es de Toñanes o no es de Toñanes?

—No sé.

—Mi padre dice que tu padre no es de Toñanes. Que el que era de Toñanes era tu abuelo. Y que tu madre no es de aquí tampoco.

A veces se quedan mirando el Seat 127 blanco, los vestiditos impolutos de las niñas, sus zapatitos acharolados.

Pero miran, más que ninguna otra cosa, el columpio de metal que sus padres acaban de instalarles en el jardín.

—¿Vosotras sois ricas o qué?

Marta y Diana se consultan con la mirada.

—No sé —dice Marta.

—Creo que no —responde Diana.

—¿Pero trabajan o no trabajan, vuestros padres?

—Sí que trabajan. Son maestros.

—¿Y os dan clases a vosotras?

—No, a nosotras no. A otros niños.

—Y a vosotras, ¿quién os da clase?

—Pues otra maestra.

—Ah.

Esa misma noche, durante la cena, Diana no cesa de revolver el puré de patata con la cuchara, sin acabar de llevárselo nunca a la boca.

—Papá, ¿nosotros somos ricos?

—Qué vamos a ser ricos. ¿Sabes quién es rico? Botín. Ese sí que es rico.

Diana decide abordar la cuestión desde otro flanco.

—Pero esta casa, ¿cuánto nos costó?

—Pues mira, te lo voy a decir. Tres millones. Todo lo que teníamos ahorrado. ¿Te parece que hicimos mal negocio o qué?

Diana abre mucho los ojos.

—Entonces... ¡somos millonarios!

Todos se echan a reír. Mamá y papá primero, y Marta después, un poco rezagada, sin saber por qué ríe.

—*Éramos* millonarios —contesta papá—. Ahora tenemos una casa.

Diana reflexiona un instante.

—Dos casas. La de Santander y esta.

Dos casas. Millonarios, por lo tanto. Pero eso Diana ya no lo dice.

2017 *El jardín de una casa en el barrio de la iglesia de Toñanes. Arriates con flores, algunos árboles dispersos, dos gallinas de forja que parecen picotear la hierba junto a la cancela de entrada. A lo lejos, una perspectiva de la espadaña de la iglesia y del ventanal del viejo edificio de la escuela. Junto al porche, una mesa de hierro forjado, y sobre la mesa una botella de vino descorchada, una lata de Coca-Cola y un plato con algunas rodajas de chorizo. Sentados a la mesa, Llermo (ochenta y dos años) y Rosi (setenta y siete años).*

LLERMO: ¡Pero bueno, nene, dichosos los ojos...!

ROSI: Ay, sí, qué sorpresa tan grande nos diste. Fíjate que así de lejos no te conocía...

LLERMO: ¡Sorpresa ninguna, que ya lo estaba esperando yo! Es que me lo dijo tu padre. Que a lo mejor venías a vernos y eso. Y no veas lo que me alegré cuando me lo dijo. La hostia me alegré.

ROSI: Eso. Que hacía que no te veíamos...

LLERMO: Mucho tiempo ya. Yo me acuerdo de cuando viniste para lo del OVNI. Qué caso aquel...

ROSI: Pues no me acuerdo yo de lo del OVNI.

LLERMO: Sí, hombre, sí. Sería este... un criúco así, ¿verdad? No abultaba ni... Ocho o diez años tendría. Y me recuerdo que vino con una libreta para preguntarme por el OVNI que habíamos visto Carlos y yo y no sé quién más, la noche esa. Las luces que pasaban por el pueblo. Que digo yo que no sería OVNI. O sí, porque OVNI es que vuela y no lo identificas, y lo que es nosotros no identificamos nada.

ROSI: Ah, ya me acuerdo yo de eso.

LLERMO. Pues este vino y hacía unas preguntas que... Qué risa todo ello. Con la libretita, como ahora. Grabadora entonces no tenías, ¿eh?

ROSI: Eso, grábalo todo. Tú pregunta, pregunta, nene, pregunta todo lo que quieras. Que nosotros si las sabemos, las contestamos... Gustosos las contestamos.

LLERMO: ¿Y cómo se llama la otra cosa que te gustaba de criúco? Los reptiles grandones aquellos, cómo se llamaban...

ROSI: Todo lo que quieras, nos preguntas. Antigüedades del pueblo, alguna nos sabemos. Que somos antiguos nosotros ya.

LLERMO: Tú lo que quieras, nene. Aunque no sé yo si lo que te contamos algún valor tendrá, ¿verdad? Tú a quien tienes que preguntar es a Lola y a Carmen, que esas sí que son antiguas de verdad. Nosotros... Pues alguna cosa te contaremos. De las vacas y de las fincas y poco más. ¡Poco más tiene este pueblo, verde y vacas!

ROSI: Pero yo creo que os voy a poner el calimocho o algo para que habléis, ¿no? ¿O qué? Porque Llermo todas las tardes se sienta a tomar un calimocho. Aquí en el jardín...

LLERMO: Pero, hombre, nene, ¿qué es eso de que no tomas vino? ¿Es que tienes miedo de decir tonterías o qué?

Cuatro de octubre. Suenan las campanas de la iglesia: están tocando a concejo abierto. Contestan, en la lejanía, el silbido del pastor y el ladrido de los perros. Alguien destraba un cerrojo; alguien abre una puerta. Alguien baja corriendo la calleja, haciendo resonar las albarcas. Una voz que grita, refrendando el llamado de las campanas. 1880

—¡Ya vienen! ¡Ya vieneeeeeeeeen!

Es cierto: ya vienen. Vienen, en la distancia, las vacas: un enjambre de puntitos pardos, que se va perfilando en las lomas de Cóbreces. Y vienen, también, los vecinos de Toñanes, vestidos con sus mejores galas, festivos e inquietos al mismo tiempo. El pueblo entero parece hoy un inmenso rebaño. Vecinos que salen de las casas y vecinos que salen de los corrales y vecinos que bajan

trotando por las callejas y las camberas, hasta reunirse frente al portillo comunal. Allí se detienen a recuperar el aliento.

—¡Ya las veo! ¡Allá va mi Jacinta, tan gorda que no me va a caber por la puerta! —dice atisbando el horizonte Romualdo, que presume de tener la vista más aguda del pueblo.

Las vacas pueden rezagarse, pero ellos no se rezagan. Mucho antes de que el rebaño atraviese el pontón de la Corredoria, los vecinos ya están formados en dos hileras junto a la portilla, dejando en medio un pasillo de hierba pisoteada. Por allí pasarán las vacas. Por ahí están pasando al fin, embravecidas por los cinco meses de libertad en las alturas de Reinosa. Delante de todas la Antonia, cabeceando con ferocidad —siempre se creyó un poco toro, dice su dueño, pleno de orgullo—, y detrás la Duquesa, y la Rogelia, y la Damiana, que va como atristolada, y la Justina, tan guapa, y un becerrito que tiene todas las trazas de ser hijo de la Lucera.

—¡Dios, pero qué hermosísimas vienen!

Tan hermosas, y desde tan lejos. Porque muchos de los habitantes de Toñanes no llegarán a cruzar nunca los límites de su ayuntamiento: nacen y mueren entre las mismas cuatro paredes, clavados en el mismo pedacito de tierra. Y ahí frente a ellos está la vaca de cada cual, que acaba de recorrer quince leguas y ha visto cielos y cumbres y ríos de los que su dueño nunca llegará a saber nada.

Pasa la última vaca. Pasan los perros. Pasa el pastor con su cayado y un mozo que corre a trancar la portilla. Y entonces sí, todos los habitantes de Toñanes que se desparraman dentro del cercado, en busca de sus reses. Con cada hallazgo una breve algazara; una mano que corre a palmear, admirativa, un pescuezo. Muchas bocas que se abren y se cierran, como si hablaran, pero por debajo de la tormenta de cencerros no se escucha una

palabra. O tal vez es verdad que no dicen nada. Solo están ahí, detenidos a la vera de su vaca, con los mismos ojos vidriosos con que un padre mira y remira al hijo que retorna de la guerra. Una mirada que mezcla la alegría del reencuentro y también el miedo de que en alguna parte, en alguno de sus viajes, esa vaca nuestra haya llegado a conocer un mundo mejor que Toñanes.

El banco de madera del camino de la mies. Algún coche que viene y va. Detrás de cada parabrisas, la silueta fugaz de un conductor que levanta la mano al pasar o que saluda con la barbilla. Junto al banco, la finca del Diestro recién segada: una finca en la que no parece haber nada que mirar. Está anocheciendo, y a lo lejos el hotel rural La Estela Cántabra acaba de encender sus reflectores. Sentada en el banco, Florita Gómez Valdés (cincuenta y nueve años). 2018

Ay, hijo. De las vacas ¿qué te contaré yo? Que no me gustaban nada, nada. Porque en casa teníamos vacas, pero yo no quería tener vacas. Mi madre te dirá que eran una riqueza, las vacas, y tendrá razón, pero para mí era una pobreza tan grande... Yo odiaba las vacas. No las vacas, vamos, sino tener que cuidarlas. Lo que significaba cuidarlas. Tantísimo trabajo que daban. Y nosotros no teníamos agua en casa. Me recuerdo de ir a lavar al río de niña o de casi niña. Primero me recuerdo..., ¿no te sientas, nene? Me recuerdo que mi abuela Beatriz, la madre de mi madre, tenía una lavadora así redonda, con una hélice en el costado, que tenías que procurar que no te cogiera la mano, claro. Una lavadora así de las antiguas. Entonces remojabas la ropa en un balde, luego la metías en la lavadora, daba no sé cuántas vueltas, a otro balde, y si había que meterla en lejía, en lejía, y luego había que bajar a aclararlo al río. Bajábamos con un bal-

de así en la cabeza, ya de muy crías... Carmencita y yo al río, cada semana. Y luego para tenderlo teníamos que subir por la calzada al balcón de Mina. Con el balde a la cabeza. A veces las vacas bajaban al río a beber y se ponía todo turbio... Qué asco, las vacas. Tres horas tenías que esperar para que se pusiera el agua limpia. En la parte de arriba del puente, que da a la casa de Claudín. Allí lavábamos. Yo me recuerdo de cosas... y de ir al verde por las vacas también. Y el día que quitamos las vacas dije ay qué bien, qué alegría, qué alegría. La mayor alegría de mi vida era no tener vacas. Nos duchábamos, nos poníamos la ropa limpia y... qué asco. Yo lo veo ahora con la gente que tiene vacas. El abono. El olor que deja. La ropa la lavabas y la colgabas dentro del armario, salías a la calle y cómo olía. Qué vergüenza. Cuando conocí a Fernando todavía las teníamos, las vacas. Yo tendría dieciséis años y mi abuela se acababa de morir. Me recuerdo porque a los dieciséis años es cuando me empezaron a dejar salir. A Torrelavega iba. Y solamente llevaba tres domingos saliendo, se muere mi abuela y ya... no sé cuánto ya sin salir, otra vez. Cuarenta y tres años hace. Luego conocí a Fernando y me casé. Estuvimos cuatro años de novios y me casé. En el setenta y ocho calculo yo que sería. Vino por los huesos estos que habían salido ahí, que vinieron a ver los arqueólogos. ¡Aquí mismo, en el Diestro! ¿Ves donde te señalo, la finca esta? Pues ahí los encontraron. Ahí los acababan de encontrar y llegó Fernando, que era guardia civil y aquel sería su primer servicio, porque era muy joven. Estaba ahí cuidando los huesos, que no entrase gente hasta que vinieran los que iban a venir a mirar. Yo no sé qué querrían comprobar. Y había gente allí y claro, Fernando procurando que nadie entrase, que nadie tocara nada. Y yo me recuerdo que todo esto había sido precisamente cuando se murió mi abuela. Como ya no podía salir a Torrelavega, pues andábamos por ahí las amigas y tal, que era un aburrimiento andar por el pue-

blo, pero mejor eso que nada. Y yo cogí la bici y dije voy a casa a buscar algo. Yo no sé qué sería lo que iba a buscar. Y vine así por ahí, y paré allí cuando entraba por la salida de la carretera. Yo entraba y Fernando salía, con una moto pequeña que tenía. En la vida lo había visto, a Fernando. Me paré ahí, yo no sé si pensaría que iba a ver aquello de los huesos o qué, pero se volvió y me hizo pasarlas más negras que... Me dijo que me iba a echar una multa. ¡No te lo pierdas! Que me iba a echar una multa por no sé qué. El otro día estaba contándoselo a un amigo de él en Cabezón, porque no sé por qué salió el tema y Fernando no estaba, y el amigo me dijo: Este como era guardia igual alguna multa te echó antes de que lo conocieras. Y yo: ¡Pero si yo a Fernando le conocí porque me iba a echar una multa! Me hizo pasar unos apuros. Que si no tenía frenos, que si no tenía la chapa o no sé qué. Es que de antes las bicis llevaban una chapa, las bicis y los carros de caballos y eso tenían cada uno una chapa, y la bici pues no tenía. No era ni mía la bici. Esta bici no tiene chapa y no sé qué y por favor el carné de identidad. Que yo no lo tenía. Por los dieciséis años andaría, y hasta los dieciocho... Bueno, me estaba dando un apuro que no veas. Entonces llegó alguien con un coche allí y se paró, y Fernando fue para los del coche. Y cuando él se fue yo cogí y me marché, qué iba a hacer. Llegué a casa y... Es la historia curiosísima. Llegué y le digo a mi padre: qué apuro me ha hecho pasar un guardia que calculo que no tenga más de dieciocho años. Diecinueve tenía. Y mi padre dice: ¿Es así y así, muy delgadín y no sé qué? Sí. Pues yo lo conozco, me dice, porque todos los guardias iban por entonces al taller de Quinín... Todos paraban ahí y se hacían amigos de ellos. Ese acaba de llegar nuevo a Novales pero ya ha estado un par de veces en el taller, me dice mi padre. Vete y dile que venga a tomar algo. ¡Y volví! Todavía estaba allí. Y me dijo que no podía venir porque tenía un servicio de no sé qué horas y ya

tenía que volver a Novales, al cuartel, pero que bueno, que ya vendría otro día. Y vino. Con otro guardia que teníamos mucha amistad y que venía mucho por aquí. Luego, cuando le volvía a tocar servicio en Toñanes, Fernando se pasaba por aquí, que estaba mi madre ordeñando las vacas, y venía y se tiraba las horas muertas. Y yo: qué vergüenza. Qué dirá, decía yo. ¡Que tenemos vacas! Qué vergüenza, qué vergüenza. Qué dirá. Y siguió viniendo, viniendo, y ya empezamos a salir... y hasta ahora. Así que ya ves tú, hijo. A quién le debo yo haber conocido a Fernando: a los muertos del Diestro.

1636 —Bueno. Al menos a esta le vimos los ojos.

—Sí.

—Y la bautizamos. Tuvimos tiempo de bautizarla. Pudimos decirle a Dios que Juliana se llama Juliana.

—Es verdad.

—Juliana. Como yo.

Como tú.

—Arriba se habrá topado con Bartolomé, que ya debe de andar por los diez años y hablará por los codos. Quién sabe qué clase de palabras aprenderán los niños en el Cielo.

—Ya.

—Me pregunto si habrá algún santo o un ángel que les explique que son hermanos. O si habrá alguien que les hable de su otro hermanito, aunque no tenga nombre y no puedan verlo. El niño, nuestro hijo. El desgraciado.

—Ya.

—¿Qué crees que harán los niños en el Cielo?

—Qué sé yo. Las cosas que les gustan a los niños. Jugar y chupar teta.

—Esa sí que es buena, Juan. ¡Tetas en el Cielo!

—De algún modo comerán, ¿no?

—En el Cielo no se come, burro. No se bebe tampoco ni se caga ni se hace nada. No se hace nada. Me parece a mí que en el Cielo solo se está.

—¿Y no se hace nada más?

—Y no se hace nada más.

—(...)

—Chupar teta, dijiste. Qué burro eres, Juan. Hay que ver, qué burro...

—(...)

—Las tetas son solo carne y la carne se pudre y es el alma la que sube. Lo dice el padre Bartolomé, ¿no lo sabías? La carne se abre como una pelliza y de dentro sale el espíritu que somos, y abajo, sobre la tierra, se queda la pelliza que no somos. La carne que se pudre y se hace ceniza y nada más. ¿No lo sabías?

—(...)

—Las tetas son ceniza y sangre y bilis y corrupciones, aunque cubiertas de piel parezcan tan bonitas. Porque son bonitas. ¿Recuerdas, Juan, lo bonitas que te parecían mis tetas?

—(...)

—Juan. ¿Recuerdas cuando las tocabas y las apretabas y me las chupabas bajo el sábano del molino y me decías que con ellas los tercios de Flandes podrían hartarse de leche y también las muchedumbres de las Indias y del Oriente?... ¿Cuando decías que podrían saciar a todos los niños del mundo pero que a ti no te saciarían nunca? ¿Te acuerdas de eso, Juan?... Yo sí que me acuerdo, algunas noches. Me acuerdo de eso, y me acuerdo también de lo frías que eran las piedras del molino y de lo caliente que era tu boca...

Sucede en el camino que conduce a la fuente. En una habitación doble estándar del Hotel Palación, tempora- 1732 2011

1815 da alta. En un almiar que se dora al sol de agosto de 1815.
1620 / 1787 Bajo el sábano del molino y detrás de los maizales y den-
2005 / 1891 tro de un Volkswagen blanco. En una cama bendecida
1830 por los votos del matrimonio y en el jergón estrecho de
1914 / 1989 la criada. En un amanecer de junio. Los baños de la dis-
1974 coteca Royal de Torrelavega. La hora de la siesta. Y lo
que sea que sucede empieza siempre así, con una mira-
da, un gesto, tal vez unas palabras de aproximación, un
1732 signo que debe ser descifrado, la brasa de una pipa que
Antonia ve brillar en la oscuridad mientras desanda el
camino de la fuente. Está oscuro porque ha comenza-
do a anochecer y hay que avanzar casi a tientas, se le
ha hecho tarde llenando la botija en la Fuentona y ahora
tiene prisa pero ningún miedo, no se asusta al princi-
pio, todavía no, porque no es la primera vez que regresa
a casa en la oscuridad y otros días ya ha visto en el mis-
mo camino a vagamundos y tratantes de ganado y limos-
neros que a veces llevan también la pipa entre los dientes
y saludan con un gesto leve, o no saludan y eso es todo.
Un hombre debe oler a sudor y a tierra y a aguardiente
y a tabaco de pipa, dice siempre Madre. He ahí el pri-
mer signo que debe ser interpretado: una pipa encendi-
da indica la presencia de un hombre. Y ese hombre, o al
menos la cazoleta encendida de su pipa, parece estar en
algún lugar entre la maleza, orillado en la cuneta del
1830 camino, a la espera de algo. Espera la criada de los Cos-
sío a que el señor toque muy quedo a la puerta de su
cuarto, en la hora más oscura de la noche que mejor le
2005 convenga, y espera Valeria a que Pablo termine de re-
1891 clinar los asientos del Volkswagen blanco, y espera Luis
a que su joven esposa llegue a la cama con su camisón
también blanco, trémula de frío y de anticipación y de
no sé qué, los labios apretados porque esta noche es la no-
che de bodas y esta vez que apenas comienza es la prime-
ra vez. El camisón blanco: otro signo. La noche de bodas:
1787 un signo que todos comprenden. El signo de una mano

que emerge de la oscuridad —a su alrededor el viento agita los maizales— para tocar una pierna iluminada por la luna. El signo de dos adolescentes que entran juntos en el baño de la discoteca Royal y luego juntos también en uno de los cubículos, él se llama Rodrigo y es virgen y ella a estas alturas todavía no tiene nombre o al menos Rodrigo ya lo ha olvidado, se sonríen embrumados por el alcohol y todavía con los vasos de tubo en las manos —uno de ellos está a punto de romperse—. El signo de un vaso que se rompe. El signo de dos hombres que reclaman en el vestíbulo del Hotel Palación, temporada alta, porque ellos pidieron una habitación doble con cama matrimonial y no una habitación doble con camas individuales y a ver qué puede hacerse. Un mozo y una moza caminando cogidos de la mano desde la verbena de San Tirso hasta lo profundo de los sembrados y allí se detienen y se miran a los ojos, si es que puede mirarse lo que no se ve, lo que solo se sabe que está ahí mismo, expectante, a dos palmos de nuestro rostro. La oscuridad, la noche cerrada: otro signo. Un rostro que atraviesa esos dos palmos de distancia y entonces el beso. Valeria que se sienta a horcajadas sobre Pablo, que al acomodar la pierna acciona sin querer el mecanismo de la guantera o de la radio, una risa breve, faros encendidos, Radio Nacional de España todo noticias, el beso. El sábano del molino que Juan estira para cubrir también la cabeza de Juliana, taparse hasta la misma raíz del pelo; un susurro, un bullir de ropa, el beso. Besa Marcos a Alfonso —pero antes han tenido que discutir con la recepcionista, claudicar ante sus razones, apartar la mesilla, empujar las camas individuales, etcétera—. Y entonces sí: las camas juntas y el beso. Llega al fin la hora más oscura de la noche que mejor le convenía y el amo ya está aquí, irrumpiendo en ese otro mundo que huele a humedad y a cebolla, a juventud brotada y más tarde marchita en lo profundo del desván, entre escoberos

1989

2011

1787

2005

1620

2011

1830

y polvo y cubos de agua y de mugre. El beso: porque ella sabe que cuando el amo toca a la puerta debe dejarse besar y se deja, todavía como extraviada en la niebla del
1891 sueño. No hay beso en la noche de bodas, solo Ana que irrumpe en el dormitorio vestida con el signo incuestionable de su camisón blanco, el lino que apenas es capaz de disimular el botón oscuro de sus pezones: Ana trémula de frío y de anticipación y de no sé qué, que corre de puntillas hasta el lado de la cama que ocupará los próximos veinticinco años, se desliza dentro, se tapa hasta la barbilla o todavía más arriba, cubre sus labios del beso que no llegará a producirse, los ojos fijos en cierta veta de la madera del techo. En la orilla opuesta aguarda Luis, pero no se miran, no se hablan, no se tocan todavía,
1989 tan lejos el uno del otro, tan lejos de Rodrigo y la adolescente sin nombre que han comenzado a besarse por debajo de la música demasiado alta, que se magrean con los ojos cerrados, que ruedan cuerpo con cuerpo por las paredes azulejadas y la puerta pintarrajeada del cubículo, que se estorban y casi tropiezan con el retrete y hacen al fin añicos una de las copas contra el suelo. Plaf. El
1732 cristal que al romperse suena como una bofetada; es, de hecho, la bofetada que alcanza a Antonia en la oscuridad, que la derriba contra los morrillos del camino —el cántaro está rodando por el suelo— y entonces a su espalda ese jadeo que suena como un estertor de becerro, y la mano callosa que le hurga debajo de la falda, y el olor a sudor y a tierra y a aguardiente y a tabaco de pipa. Se acuerda de Madre. La razón que tenía Madre. Lo que estará haciendo ahora Madre, hilando en la cocina o echando las sobras al puerco o saliendo al zaguán para otear el horizonte en busca de la hija que no regresa. Se acuerda de las muchas veces que ha hecho este camino de día y de noche, de los vagamundos y limosneros y tratantes de ganado que se han topado con ella tantas noches, a veces con su pipa entre los dientes; hom-

bres que saludan con un gesto leve, o no saludan y eso es todo. Eso es todo, piensa. Eso es todo, suplica. Pero ese algo que sucede acaba de comenzar, apenas está en su víspera, queda todo por hacer, queda la ropa, manos venidas del pasado y del futuro para arremangarle la falda y abrirle las piernas, dedos que desabrochan botones, corpiños que caen al suelo, calzones arriba o abajo, los pies descalzos o todavía hincados en las albarcas, el ganchito de un sujetador que cede y al fin un cuerpo que siempre parece el mismo, un animal afiebrado que emerge para arder a la luz de las estrellas o de la palmatoria, los faros del coche, los pechos de Rosa tocados por el azul de la luna, el sol de agosto dorando la paja del almiar y dorando también la espalda desnuda de Diego, Ana con un hilo de voz para decir apaga la vela quieres y Luis que la apaga, y el señorito que insiste en mantener encendida la vela que la sirvienta todavía sujeta en las manos, de hecho va a prender dos, va a prenderlas todas, un candelabro entero para iluminar lo que es suyo, ese cuerpo joven y tembloroso que ha vuelto a tenderse en ese jergón de borra que a su modo también es suyo, eres mío, dice Valeria con delectación furiosa, a medio camino entre la amenaza y la broma, un poco alto para imponerse a la voz del locutor que anuncia atentados, visitas reales, IBEX 35, la luz del cubículo que sisea y se apaga y qué importa, hay que encenderlo de nuevo o tal vez no encenderlo nunca, la oscuridad como ese signo que Luis aprovecha para treparse lenta, parsimoniosamente, al cuerpo de Ana todavía con el camisón puesto, al cuerpo de Antonia todavía con los ojos abiertos, la mano callosa empujando su cabeza contra el suelo y ella sin embargo con los ojos abiertos, las piernas abiertas, la boca abierta, en esa boca el calor de su propio resuello, la geometría rugosa de cada uno de los morrillos clavándose en la cara. Se prepara para someterse, para resignarse, eso le dijo Madre y también Úrsula Quintana y María

1620 / 2005
1989
1830 / 2011 / 1732
2005
1787 / 1830
2005 / 1787
1815
1891
1830
2005
1989
1989
1732

del Corro y Ana la Pasiega y Manuela la de Ubiarco, que todo consistía en abandonarse, en no resistirse, en comprender a los hombres, sus necesidades, sus razones, son cosas que suceden, a veces en la noche y a veces en lo claro del día, no presentar batalla porque es precisamente esa batalla lo que les gusta, y todas lo sabían bien porque todas lo sufrieron, porque todas sintieron como ella el peso de un hombre que no querían y a quien tal vez no habían visto la cara, forasteros que iban de paso o carboneros de Vizcaya o marinos de su Majestad el Rey, y lo saben también Mariana de Queveda, y Atanasia de la Portilla, y Florentina la Simple y la niña Gregoria, que encontraron en la corralada de su propia casa, desflorada y muerta de miedo y sin palabras en la boca. Piensa Antonia en todas ellas, ve las palabras que la niña Gregoria no dijo como esculpidas en la oscuridad que la rodea, aunque verlas es solo una manera de hablar, porque Antonia no sabe leer, Antonia sabe en realidad muy pocas cosas, solo cómo debe reaccionar —no reaccionar en absoluto— ante el peso creciente del hombre que se le arroja encima, el olor a sudor y tierra y aguardiente y tabaco de pipa que viene y va, que pendulea a su espalda, él dentro de ella y ahora fuera y otra vez dentro, sacudiéndose, gimoteando, envainándose con una furia y un hambre que Antonia no creía posible, gozándola de una manera que prefiere no llamar gozo. Y ahora con ustedes: la información del tráfico. La voz monótona e impasible del locutor que enumera puntos kilométricos, carreteras, autopistas cortadas, caminos que no llevan a ninguna parte, pero ellos no van, de hecho, a ninguna parte; ellos están ahí, con solo cuarenta y dos euros en la cuenta y el motor en marcha y el coche detenido en lo alto de los acantilados, los faros iluminando el horizonte oscuro donde se agita el mar; cuarenta y dos euros y veintisiete años y ningún trabajo y ninguna casa y ninguna perspectiva de futuro, piensa Valeria mientras se cimbrea y re-

2005